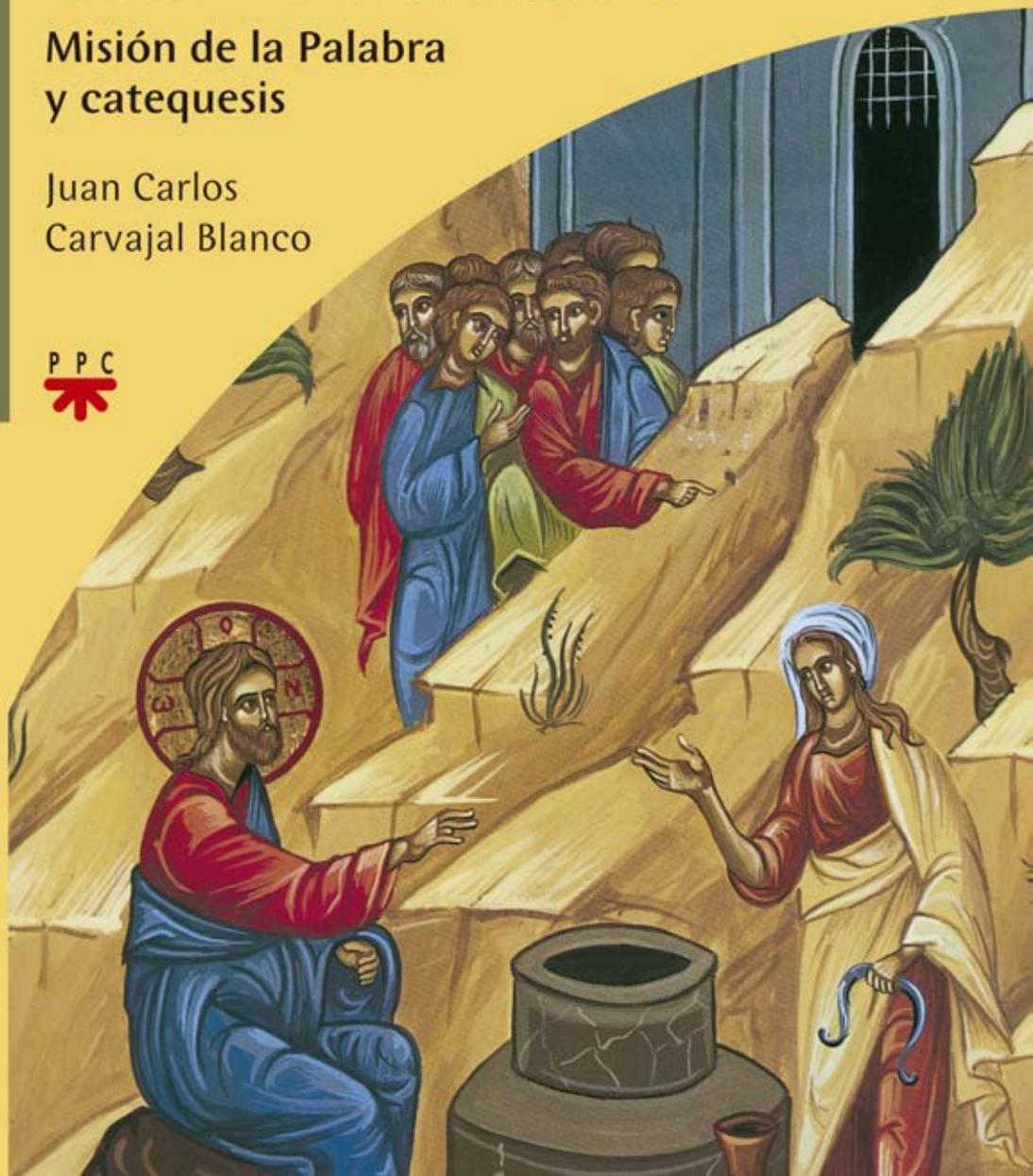


Dios dialoga con el hombre

Misión de la Palabra
y catequesis

Juan Carlos
Carvajal Blanco



Didajé

La *Didajé* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles* es un breve documento catequético de los primeros cristianos, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos. En él se enumeran de forma clara y asequible a todos las normas morales, litúrgicas y disciplinarias que han de guiar la conducta, la oración y la vida de los cristianos.

La **Colección Didajé** quiere ser un instrumento de ayuda a la iniciación cristiana y a la formación permanente de los cristianos actuales.

Dentro de ella, los **Cuadernos AECA**, dirigidos por la Asociación Española de Catequetas, abordan diversos temas catequéticos de actualidad que sirvan de orientación y de formación a quienes coordinan y llevan a cabo las tareas de la catequesis.

Dios dialoga con el hombre

Misión de la Palabra y catequesis

Juan Carlos Carvajal Blanco



Dirección editorial

Herminio Otero

Edición

Daniel Orozco

Diseño

Estudio SM

Maquetación

MT Color & Diseño, SL

© Juan Carlos Carvajal Blanco

© PPC 2014

Parque Empresarial Prado del Espino

Impresores, 2

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

Comercializa: PPC Editorial y Distribuidora, SA

ISBN 978-84-288-2636-5

Depósito legal: M.00.159-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

Presentación. Invitados al diálogo con Dios	5
1. La misión de la Palabra de Dios	11
1. Un templo sin Dios	11
2. ¿Dónde está tu Dios?	13
En el surco abierto por la Nueva Evangelización	13
Como si Dios no existiera	14
3. La novedad del anuncio cristiano: Dios se ha revelado	19
El designio de Dios	21
Dios se ha comunicado a sí mismo por su Palabra	22
La respuesta del hombre a Dios	26
La Iglesia, esposa del Verbo	29
Cristo se hace contemporáneo	31
4. La misión eclesial de la Palabra	35
Identidad misionera de la Iglesia	35
La condición necesaria para la misión	39
Testigos de la Palabra	41
Servidores de la Palabra	44
5. Oyentes y portavoces de la Palabra	46
2. El acontecimiento de la Palabra de Dios en la catequesis	49
1. La problemática	49
2. La finalidad de la catequesis	50
3. El acontecimiento de la Palabra de Dios	52
Jesucristo es la Palabra de Dios	52
La Tradición y la Escritura, el único depósito de la Palabra de Dios	54
4. La conjunción de la Sagrada Escritura y el Catecismo en la catequesis	59
3. La catequesis, eco de la Palabra de Dios	63
1. La Palabra de Dios acontece en la Sagrada Escritura transmitida en la Iglesia	66
«Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros...» ...	68

«Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura»	72
«Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí»	74
2. El hombre, interlocutor de la Palabra de Dios	81
«¿Qué es el ser humano para mirar por él?»	81
«Adán es figura del que había de venir»	83
«Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos»	86
3. La Palabra de Dios y su eco en la catequesis	89
La catequesis: una acción específica del ministerio de la Palabra	89
El acto catequético, unidad de acción de la catequesis	90
La acción catequética en el proceso de iniciación	92
4. La catequesis al servicio de la interlocución de Dios con el hombre	105
4. El acto catequético, acción de la Iglesia al servicio de la Palabra y de la fe	107
1. Definición del tema	107
2. Jesús enseña de un modo diverso	111
La enseñanza a la gente: enseñanza por comparaciones ...	111
La enseñanza a los discípulos: enseñanza explícita	113
La enseñanza posterior a la Pascua: enseñanza mediada por los signos	114
3. La fe y su dinamismo	117
El carácter unitario del acto de fe	118
Elementos que integran el acto de fe	119
El impulso de la fe	124
4. La fe, fundamento de la gradualidad de la iniciación cristiana .	129
La estructura gradual de la iniciación cristiana	130
El acto catequético al servicio de la fe	132
5. Conclusión: El acto catequético, un servicio al diálogo entre Dios y el hombre	140

5. Nueva Evangelización, el reto de una catequesis renovada	143
1. La Nueva Evangelización ante la crisis de la fe	143
2. Los retos de la catequesis actual	146
La crisis de Dios (originante) y la crisis del hombre (originada)	147
La crisis del impulso apostólico	150
La crisis de la transmisión de la fe	152
La crisis de vinculación eclesial	154
La crisis de los contenidos y el método en la catequesis	155
La crisis de los catequistas	157
3. Líneas de fuerza de la catequesis actual	159
Ante la crisis de Dios y la crisis del hombre: El anuncio de Jesucristo	159
Ante la crisis del impulso apostólico: La experiencia de gracia	162
Ante la crisis de la transmisión de la fe: La iniciación cristiana	166
Ante la crisis de vinculación eclesial: La implicación de la comunidad cristiana	171
Ante la crisis de los contenidos y el método: El servicio al acontecimiento revelador	175
Ante la crisis de los catequistas: Vocación y formación	179
4. Conclusión: La necesaria renovación de la catequesis	182
Procedencia de los textos	184
Siglas	185
Bibliografía	187

*Con agradecimiento
a Samuel Urbina y a Ángel Matesanz,
quienes en mis primeros años del ministerio
me introdujeron en la reflexión y en el ejercicio
de la catequesis.*

PRESENTACIÓN

Invitados al diálogo con Dios

*«Jesús, cansado del camino,
estaba sentado junto al pozo de Jacob.
Era hacia la hora sexta.
Llega una mujer de Samaría a sacar agua,
y Jesús le dice: “Dame de beber”...»*

Jn 4,5-42

En el camino que va de Judea a Galilea, Jesús atraviesa las tierras de Samaría. Mientras sus discípulos han ido a Sicar a comprar provisiones, él se sienta a la orilla del pozo de Jacob a descansar. Hacia mediodía, llega una samaritana con un cántaro a sacar agua del pozo. En ese instante, Jesús toma la iniciativa y *le dirige la palabra* pidiéndole de beber. La mujer se sorprende, pues como hace notar san Juan, los judíos no se trataban con los samaritanos (cf. v 9). Y, sin embargo, se inicia *una larga conversación*. Los mutuos desafíos e interrogantes se suceden. Las palabras de Jesús proyectan su luz y poco a poco la mujer ve como toda su vida queda iluminada. Al final, Jesús se revela: «Soy yo (el Mesías), *el que habla contigo*» (v 26), y la samaritana, aún con una fe incipiente, da testimonio a su pueblo del mesianismo de aquel hombre...

La escena transcurre con una naturalidad asombrosa. Lo que el cuarto evangelio nos narra no deja de ser un encuentro personal en unas circunstancias cotidianas que se puede dar en la vida de cualquier persona. Y, sin embargo, en esa cotidianidad acontece *un diálogo de salvación*. Jesús dirige a la samaritana una palabra personal: una palabra que extraer de lo más profundo de su corazón el deseo que tiene de agua viva, una palabra que saca a la luz su pecado y lo sana, una palabra por la que Jesús mismo se revela como aquel que enseña a adorar al Padre en espíritu y verdad (vs 22-24).

A través de este diálogo la vida de la mujer cambia: el cántaro con el que iba lo deja en el brocal del pozo —para el agua viva es suficiente con el cántaro de su corazón—, y, olvidándose de su cuidado, anuncia a sus paisanos a aquel que le ha dicho todo lo que ha hecho. De algún modo, ha comprendido que ese que ha conversado con ella desde siempre la conoce y ha estado en su vida. Ese diálogo, hecho ahora testimonio, también cambiará la vida de sus paisanos. Sobre su anuncio, estos tratarán personalmente con Jesús y oirán su palabra y llegarán a confesarlo como «el Salvador del mundo» (cf. v 42). Ellos también han entrado en diálogo con Jesús.

■ Todos somos interlocutores de Dios

La conversación de Jesús con la samaritana es un episodio más en la azarosa historia de la salvación; pues, en palabras de Pablo VI, «la historia de la salvación narra precisamente el largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación» (ES 28). En esa plática constante, poco a poco, Dios ha ido dando a entender algo de Sí mismo, pero es en la revelación de Jesús, su Palabra encarnada, donde se ha manifestado como un misterio de comunión trinitaria. Además, en esta historia dialogal, el ser humano ha llegado a comprender quién es él y cuál es su vocación. En efecto, en la interlocución con Dios, el hombre ha llegado a reconocerse como una criatura investida de dignidad y llamada a entrar en comunión de amor con el propio Dios. Y en diálogo con Jesús, ha descubierto que para cumplir su vocación tiene necesidad de abrirse a la misericordia Dios y, unido a Él, dar una respuesta filial al Padre.

Nadie está eximido ni marginado de este diálogo. Todos, desde el instante en que nacemos, estamos *invitados al diálogo con Dios*. Cada hombre y mujer que viene al mundo existe por el amor de Dios que le creó, y por el amor de Dios es conservado en la existencia (cf. GS 19). Por eso, para que este diálogo pueda ser efectivo, Dios, en su infinita bondad, dirige a todos los hombres, por múltiples medios, sus palabras hasta el punto de comunicarse a sí mismo en Jesucristo, su Palabra encarnada. Y por eso, en la pascua de su Hijo, nos ha derramado su Espíritu para que al acoger su Palabra y hacerla nuestra seamos capaces de dar respuesta a ese diálogo de amor.

Todos somos interlocutores de Dios. Esta afirmación fundamental de nuestra fe hoy no forma parte de la conciencia de nuestros contemporáneos. Aquí no nos referimos solo a aquellos que de entrada han excluido a Dios de sus vidas. No referimos a muchos hombres y mujeres religiosos que manteniendo todavía un sentido de lo sagrado y elevando sus plegarias a lo alto, no conciben poder mantener un verdadero diálogo con Dios. Cuántos prejuzgan que Dios o no tiene palabra o permanece en silencio. Cuántos se contentan con refugiarse en una emotividad difusa que les lleva a rendir culto a los ídolos. Cuántos se mantienen haciendo en pulir una espiritualidad que les cierra en sí mismos. Cuántos tras lanzar su suplicas al misterio desesperan por no oír una respuesta...

Estamos en tiempos de Nueva Evangelización, el reto que hoy tiene la Iglesia no es solo hablar de Dios y hablar bien, sino de ser *servidora de su Palabra*. El Dios que creo con su palabra poderosa, que dialogó con Abraham y los demás patriarcas, que habló a Moisés en el Sinaí, que por los profetas mantuvo la interlocución con su pueblo, que en la plenitud de los tiempos se comunicó a sí mismo por su Palabra nacida del seno de María; ese mismo Dios, en su Hijo Jesús y bajo la acción del Espíritu, sigue hablando al hombre de hoy. La Iglesia lo sabe, ella misma ha nacido de la escucha de la Palabra divina. Ella ha experimentado que Jesucristo, su Señor, sigue cumpliendo en el tiempo la misión que el Padre le ha encomendado.

En un mundo que parece no oír a Dios cuando no le hace callar, la misión de la Iglesia es vocear la Palabra de Dios y ayudar al hombre de hoy a escucharla y darle respuesta. En efecto, su servicio a la Palabra divina, en realidad es un *servicio a la interlocución entre Dios el hombre*. Cuando

Dios habla al hombre, Él mismo crea las condiciones para que por la fe este acoja su palabra, la haga suya y le dé la respuesta debida. La Iglesia debe servir a un tiempo a la Palabra y a la fe, a la comunicación divina y a la respuesta del hombre. Hoy sigue estando vigentes la encomienda que Pablo VI dio a la Iglesia en su primera encíclica: «la Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace conversación» (ES 27). Propiciar el diálogo entre Dios y el hombre es el objeto de su misión.

La catequesis es el ámbito privilegiado que la Iglesia se ha dado a sí misma para ejercer este magisterio dialógico. En la catequesis los buscadores de Dios aprenden a escuchar la Palabra divina en las palabras humanas y, a través de palabras humanas, mantener un coloquio filial con Dios. En la catequesis, los discípulos de Jesús aprenden a confesar con Pedro que solo él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6,68), y experimentan que escuchar sus palabras y ponerlas en práctica supone edificar la vida sobre roca firme (cf. Mt 7,24).

■ Estructura del libro

Como su título indica, el tema conductor del presente libro es el diálogo que Dios trae con el hombre. Fruto de la recopilación de una serie de trabajos independientes, sin embargo, todos se encuentran conectados por el deseo que, en los últimos años, ha tenido el autor de iluminar este aspecto capital tanto para la misión evangelizadora, en general, como para la acción catequético-iniciática, en particular. Por tanto, el lector no puede esperar un estudio sistemático que desarrolle el tema de un modo articulado de principio hasta el fin; pero sí podrá encontrar las luces suficientes sobre este tema que, en el marco de la Nueva Evangelización, hoy reclama una especial atención.

La presente obra está estructurada en cinco capítulos, que si bien pueden leerse independientemente, la lectura conjunta permite iluminar desde diversos aspectos el tema central del libro.

- El primer capítulo que lleva por título «La misión de la Palabra de Dios» tiene como base una lectura transversal de la exhortación postsinodal *Verbum Domini* del papa emérito Benedicto XVI. En él se profundiza sobre la sorprendente iniciativa divina de dirigir la palabra al hombre y de establecer un diálogo con él. Puesto el foco

de atención sobre Jesucristo, la Palabra hecha carne, la reflexión profundiza sobre su acogida eclesial y el servicio que la Iglesia debe prestar a la misión que la propia Palabra, por medio del Espíritu, lleva a cabo en la historia.

- El segundo capítulo lleva por título «El acontecimiento de la Palabra de Dios en la catequesis». Como han subrayado los últimos documentos catequéticos, la finalidad de la catequesis es que los que se inician entre en comunión con Jesucristo (cf. CT 5; cf. DGC 80; CCE 426). Para que esta comunión sea posible es preciso que Cristo sea contemporáneo de los que le buscan. La catequesis antes que transmitir unos conocimientos, unas normas o unos ritos es el espacio en donde acontece la presencia de la Palabra encarnada. Desde esta perspectiva, este capítulo profundiza en la necesaria conjunción que debe darse en la catequesis entre la Sagrada Escritura, Tradición (vida eclesial) y Catecismo.
- El contenido del tercer capítulo queda reflejado en su título: «La catequesis, eco de la Palabra de Dios». Tras exponer nuevamente el verdadero tenor de la Palabra de Dios y ofrecer unos apuntes sobre el carácter receptivo que el hombre posee respecto a ella, este capítulo estudia los modos diversos a través de los cuales la catequesis ofrece la Palabra divina. En efecto, siguiendo las indicaciones del *Ritual de la Iniciación cristiana de adultos*, el trabajo ofrece unas pistas de cómo presentar la Palabra de Dios en las diferentes etapas del proceso de iniciación cristiana.
- El cuarto capítulo se centra sobre la respuesta de fe que el hombre ha de dar a la Palabra divina. Su título: «El acto catequético, acción de la Iglesia al servicio de la Palabra y de la fe», indica con claridad los elementos que estructuran su reflexión. La acción catequética y, en concreto, cada unidad que la compone: cada acto catequético, es un servicio que la Iglesia presta al diálogo de Dios con el hombre. Si la comunidad iniciática sirve a la actualización de la Palabra divina, también es servidora de la respuesta que el hombre ha de dar por la fe. A partir del esclarecimiento del dinamismo de la fe y cómo este marca la gradualidad de la iniciación cristiana, el estudio indica los modos diversos por los que el acto catequético sirve a la fe.

- El quinto y último capítulo, aunque sigue una perspectiva diferente, no es ajeno al tema del diálogo que recorre el libro. Con el título «Nueva Evangelización, el reto de una catequesis renovada», el estudio se enmarca en la llamada a la Nueva Evangelización que hoy ha recibido la Iglesia por parte de los últimos pontífices. La Nueva Evangelización es una respuesta de diálogo ante un mundo que da la espalda al Evangelio. Hoy la catequesis no puede permanecer ajena a ese diálogo y ha de afrontar el reto de una renovación que venga a dar respuesta a los desafíos que, aun provenientes de diversas laderas, giran todos en torno a la fe.

Para la elaboración del presente volumen hemos revisado los textos publicados con anterioridad, hemos introducido algunas correcciones y hemos integrado la mayoría de las notas a pie de página en el cuerpo del texto. Resulta evidente que, al girar todos los trabajos en torno a un mismo centro, sean inevitables las repeticiones. En algunos casos podríamos haberlas suprimido, pero entonces el cuerpo del capítulo habría quedado sin la articulación que fue concebida. No obstante, examinadas en el conjunto del libro estas repeticiones tiene una doble virtualidad: por un lado, es una manera de insistir en temas que, en opinión del autor, no están suficientemente claros ni asumidos tanto en la reflexión como en la práctica catequética; y por otro, al tratar los temas desde perspectivas diversas, se arroja sobre ellos diferentes luces que permiten comprenderlos mucho mejor.

La esperanza del autor es que las reflexiones que ofrece este libro ayuden a poner en el centro de la actividad eclesial a Jesucristo, la Palabra de Dios, y que la catequesis sea verdaderamente la matriz donde los que se inician puedan aprender a acogerla y darla una respuesta de fe. Si este trabajo es un servicio, por muy pobre que sea, al diálogo que Dios mantiene con cada hombre y mujer que viene al mundo, el autor se da por satisfecho.

Santa María de Huerta
Solemnidad de Santiago Apóstol

1

La misión de la Palabra de Dios

1 UN TEMPLO SIN DIOS

En una reciente visita a Roma, pasé una mañana entera en la Basílica de San Pedro. Mi intención era orar en el templo que custodia la tumba del príncipe de los apóstoles y pedir al Señor, por mediación del primer vicario de Cristo y de sus santos sucesores, el mantenerme fiel a la fe apostólica y ser testigo de ella ante un mundo que cada vez más necesita del testimonio de su amor. He de confesar que ese mañana era el segundo día que pasaba por San Pedro. Unos días antes ya le había rendido visita, pero la magnífica belleza de la basílica y sus extraordinarios tesoros artísticos acapararon tanto mi atención que lamenté solo haber rezado durante un instante en la capilla del Santísimo. Quizás esto fue lo que me hizo más sensible a lo que contemple esa mañana.

Ya son conocidas las multitudes que a todas horas visitan el templo. Grupos, familias, amigos, individuos, todos se agolpan ante cada maravilla para escuchar una explicación o sacar una fotografía: la Piedad de Miguel Ángel, el Trono de san Pedro y el Baldaquino de Bernini, los impresionantes monumentos en honor de los papas..., todo reclama la atención y, como en un festín de abundantes y deliciosos manjares, los visitantes no saben con qué quedarse. Incluso lo que solo puede ser motivo de devoción religiosa es reducido a objeto de curiosidad: las tumbas de los beatos Juan XIII y Juan Pablo II, la estatua de san Pedro en bronce..., son fotografiadas constantemente. Las gentes buscan tener un recuerdo de la máscara de cera del Papa bueno, de la lapida con el nombre del gran Papa polaco y del pie desgastado de san Pedro en el momento de pasar por su lado.

¡Qué pocos pasan a la capilla del Santísimo Sacramento! ¡Qué pocos encuentran un momento para hacer un rato de oración y elevar una plegaria a Dios! Sin duda, la Basílica de san Pedro se erigió para la mayor gloria de Dios y su verdadero tesoro sigue siendo la presencia de Jesús sacramentado en su interior; sin embargo, la inmensa mayoría de los visitantes, creyentes o no, pasan de largo sin descubrir cuál es el verdadero

sentido de lo que admiran y sin reconocer la Presencia de quien lo habita. El signo está levantado y, además, es atrayente. Todo parece estar al servicio de la Presencia divina, todo para que las multitudes se admiren ante tanta belleza y caigan en adoración ante Aquel que la habita y, no obstante, los diletantes que visitan el epicentro de la cristiandad pasan sin reconocer al Señor que de algún modo les espera...

Esta anécdota no deja de ser una parábola de lo que ocurre en nuestros días. El gran templo de la creación está levantado y las maravillas que lo adornan ofrecidas. Los propios seres humanos son para sí un templo lleno de dignidad y belleza, y su propia historia, a pesar de sus páginas oscuras, parece aspirar hacia un destino en el que se realice la fraternidad universal.

Los creyentes sabemos que esto remite a Dios: al Creador, al Providente, al Definitivo. Lo sabemos porque está realizado y testimoniado por su Hijo Jesús, el hijo de María, y porque el Espíritu del Amor nos lo ha impreso en el corazón por la fe y la esperanza. Y, sin embargo, nuestros contemporáneos, al menos en occidente, han dado la espalda a Dios. Habitan en su templo, se admiran de las maravillas que realiza y se gozan de los tesoros que ofrece, pero a él le ignoran. Ignoran a quien es el Señor del templo, a quién es su artífice y a quién es anfitrión de la humanidad, su compañía y destino.

Este es el contexto en el que hoy la Iglesia realiza la misión de la palabra. Misión que la constituye. Misión sin la cual perdería su razón de ser. Pero misión que en este tiempo se ha hecho, si cabe, más urgente pues en un mundo en el que parece que Dios no tiene cabida es preciso que la Iglesia vocee con piedad, vigor e inteligencia la Palabra por la que Dios se ha dicho a sí mismo, llama al hombre y le ofrece su amistad.

La exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, que el papa Benedicto XVI regaló a la Iglesia, es un buen punto de referencia para reflexionar sobre la misión que nace de la Palabra. El documento pontificio está dividido en tres partes:

- La primera (VD 6-49) expone y da testimonio de quién es la Palabra de Dios: Jesucristo: *Verbum Dei*.
- La segunda (VD 50-89) reflexiona sobre la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia: *Verbum in Ecclesia*.

- La tercera (VD 90-124) trata, justamente, la misión de la Iglesia, que es el anuncio de la Palabra de Dios al mundo: *Verbum mundo*. Aunque esta tercera parte es la que atañe directamente al tema de nuestro trabajo, nuestra reflexión, no obstante, va a avanzar a partir de una lectura trasversal de todo el documento pontificio.

El presente capítulo lo vamos a dividir en tres partes.

- En la primera, analizaremos la problemática de fondo a la que viene a dar respuesta la exhortación *Verbum Domini* y que no es otra que la indiferencia cuando no el rechazo de Dios en el que nuestros contemporáneos se hallan instalados.
- En la segunda, estudiaremos la respuesta que Dios mismo da a ese rechazo: Dios se ha revelado en su Palabra, se ha dicho, de un modo definitivo, en Jesucristo, quien ha cumplido hasta el extremo la misión de «decir» a Dios y ha encomendado a su Iglesia que, bajo la acción del Espíritu, continúe con esa misión.
- Por último, en la tercera parte, estudiaremos de qué modo la exhortación postsinodal entiende y compone esa misión eclesial de la Palabra.

Aunque nuestro trabajo va a tener como referencia fundamental la exhortación, también nos remitiremos a otras intervenciones de Benedicto XVI en las cuales explicita y profundiza en algunos elementos. Nuestra intención es que nuestra reflexión avance a partir del pensamiento y la orientación pastoral que el anterior Papa dio a su pontificado. Consideramos que ellos ofrecen los elementos fundamentales que deben articular el proyecto de Nueva Evangelización en la que la Iglesia se encuentra comprometida.

2 ¿DÓNDE ESTÁ TU DIOS?

① En el surco abierto por la Nueva Evangelización

En la estela abierta por sus antecesores en la sede de Pedro, el papa Benedicto ha renovado el mandato evangelizador de Jesús a su Iglesia (cf. Mt 28,19-20; Mc 16,15-18; Hch 1,8; Jn 20,19-23) y ha impulsado el proyecto misionero de la Nueva Evangelización:

«Haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una Nueva Evangelización» (Motu Proprio *Ubicumque et semper* [21-IX-2010]).

Este proyecto (quizá el primero a escala global), como es evidente, tiene orientaciones diversas según las circunstancias y situaciones que respecto a la fe viven los países, grupos humanos o ambientes que son destinatarios del Evangelio. No obstante, en la base de la Nueva Evangelización se halla *un renovado y común impulso misionero* nacido de la escucha de la Palabra. Su condición es el encuentro con Dios y la acogida de la gracia que su Espíritu da, la cual transforma a los creyentes en testigos y pregoneros de la Palabra que ha pronunciado en Jesucristo. En palabras del propio Benedicto:

«Hablar de “nueva evangelización” no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia» (Ibid.).

Consideramos, pues, justificada la lectura transversal que vamos hacer de la exhortación *Verbum Domini* desde la perspectiva de la misión de la Iglesia. Lejos de forzar el sentido del documento pontificio, esta clave de lectura nos permitirá comprender su tenor más profundo, al tiempo que el mismo documento nos ayudará a poner las bases a partir de las cuales la Nueva Evangelización encontrará verdadero arraigo e impulso en la misión del Dios-Trinidad.

2 Como si Dios no existiera

Unas sucintas indicaciones de la propia exhortación nos manifiestan cuál es la problemática de fondo a la que *Verbum Domini* viene a dar respuesta:

«En nuestra época se ha difundido lamentablemente, sobre todo en Occidente, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre, más aún, de que su presencia puede ser incluso una amenaza para su autonomía» (VD 23).

«En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño, confesamos con Pedro que solo Él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6,68)» (VD 2).

Con estas palabras el Papa hace referencia a la vieja problemática que atraviesa toda la modernidad: la necesidad que tiene el hombre moderno de emanciparse de Dios. En efecto, desde la ilustración, parece que para afirmar al hombre es preciso negar o ignorar a Dios (R. GIRARDI, 1967-1971; I. LACROIX, 1968; H. DE LUBAC, 1967; V. MIAMO, 1982; J. J. SÁNCHEZ: 112-123). Gran parte del pensamiento contemporáneo se ha elaborado a partir de esta premisa: solo en la medida en que se rechaza a Dios y la cosmovisión que le es aneja el hombre puede ser afirmado. Si Dios es un ser supremo, que lo sabe todo, lo ocupa todo y todo lo tiene bajo su control, la sola mención de su nombre no puede suponer más que una intromisión en la vida del hombre y una limitación del ejercicio de su libertad. La negación de la existencia divina, adquiera la forma que sea, supone la condición necesaria para pensar el ser humano, reconocerle en su verdadera autonomía y considerarle el auténtico protagonista de su vida y de la historia.

En otras ocasiones, la afirmación antropológica no necesita llegar al rechazo, simplemente deriva en la *indiferencia* a lo divino y a la pérdida del sentido para lo religioso. Los progresos que la humanidad ha alcanzado en todos los órdenes de la vida han hecho que el ser humano esté pagado de sí y del poder que le confiere la ciencia y la técnica. Pertrechado con los medios y herramientas que han salido de sus manos, simple y llanamente, no siente necesidad de que un ser supremo le tutele. Dios, si es que todavía tiene sentido pronunciar su nombre, aparece más como un estorbo que como posibilidad y solo se le consiente en la medida en que queda en el recuerdo o viene a ocupar las esferas que no gozan del verdadero interés para el hombre.

En cualquier caso, sea cual sea su forma o expresión, el proyecto posmoderno mantiene como presupuesto el ateísmo o la indiferencia. En nuestra cultura occidental, ha arraigado tanto la exclusión de Dios que nuestros contemporáneos, más allá de cualquier proceso argumental, lo viven como un a priori necesario para poder ser hijos de la cultura actual y lograr la propia realización. De este modo, aunque vieja es la problemática, hoy continua siendo un auténtico desafío para los que profesamos la fe en el Dios cristiano.

■ Una apostasía silenciosa

Ya el Concilio levantó acta de ello cuando bajo el término genérico de «ateísmo» declaró que este «debe ser considerado entre los problemas más graves de esta época» (GS 19). (Para un panorama actual del ateísmo: S. DEL CURA, 2010; E. BUENO 2012: 43-146). El mismo Concilio enumera los fenómenos que se deben entender bajo la palabra «ateísmo»:

«Unos niegan a Dios expresamente. Otros afirman que nada puede decirse acerca de Dios. Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos, rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicar todo solo con la razón científica o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta. Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, según parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio. Otros ni siquiera se plantean la cuestión de Dios, porque no parecen sentir inquietud religiosa ni perciben el motivo de preocuparse de la religión» (GS 19).

En el postconcilio, el ateísmo, bajo la forma de indiferencia, ha seguido ganando terreno entre las masas hasta el punto de que el beato Juan Pablo II declaró que la cultura europea daba «la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera» (EE 9), y que esta apostasía estaba ganando incluso al pueblo cristiano y minando la propia Iglesia. No nos resistimos a citar por extenso el análisis que Juan Pablo II hace de esta situación, para comprender el alcance de la misma:

«Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera. se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo imanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente; se observa una especie de interpretación secularista de la fe

cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones» (EE 47).

■ Dios desaparece del horizonte de los hombres

Benedicto XVI tampoco cerró los ojos ante tamaña problemática, más bien la situó en el centro de su pontificado y reiteradamente se esforzó por alentar y orientar al conjunto de la Iglesia a dar una renovada respuesta. Basta el siguiente texto para comprender con qué dolor vivía el Papa alemán la lejanía de los hombres de Dios y la urgencia con la que demanda su evangelización:

La primera prioridad para el Sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: «Tú... confirma a tus hermanos» (Lc 22,32). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera carta: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pe 3,15). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13,1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto (BENEDICTO XVI, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por el arzobispo Lefebvre* [10-III-2009]).

«Dios desaparece del horizonte de los hombres», nuestros contemporáneos viven «como si Dios no existiera» (*etsi Deus non daretur*). Incluso los propios creyentes, heridos por el secularismo imperante, vivimos, en palabras de Juan Pablo II, «como si Cristo no existiera» (EE 47). Es un hecho, que tanto el cristianismo (en concreto, en su forma católica) como lo religioso, en general, parece desaparecer del foco central de la cultura. El hombre europeo, no solo ha excluido a Dios de su preocupación ordinaria, sino que parece haber perdido el sentido para lo religioso (cf. D. HERVIEU-LEGEER, 2003; O. ROY, 2010).

Es verdad, que con la crisis de la razón y con la caída de los grandes relatos y de los proyectos de tipo prometéico parece que está volviendo una nueva religiosidad. Pero es preciso no engañarse, en realidad se trata más bien de una especie de «religión del espíritu y del 'yo', que hunde sus raíces en la crisis del sujeto, se encierra progresivamente en el narcisismo y rechaza todo elemento histórico salvífico» (P. POUPARD, 2005: 45; cf. J. M^a. MARDONES, 2003; J. MARTÍN VELASCO, 1998: 59-92; O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, 2004: 65-183).

En efecto, en este retorno de lo sagrado, Dios, cuando se nombra, carece de rostro o de características personales. El centro de la búsqueda religiosa de los individuos es, en realidad, el propio «yo»; la cuestión de la verdad, reguladora de la verdadera religión, simplemente se ignora; y la historia permanece al margen del proceso interior (cf. P. POUPARD, 2005: 44-50).

Al final, Dios resulta un extraño para nuestros contemporáneos. El Dios de la revelación cristiana que durante siglos ha alentado las familias, ha inspirado la acción educativa y ha configurado la cosmovisión cultural primero fue excluido y ahora es simplemente un desconocido para unos hombres que parecen haber perdido el sentido para reconocer a Dios y acoger su revelación (LL. DUCH, 2007; sobre el significado teológico de la increencia, M. GELABERT, 2009: 149-164).

■ El propio hombre, víctima del rechazo de Dios

Con la salida de Dios del horizonte del hombre, el drama de nuestro tiempo está planteado:

«Sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es [...] La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. *El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*» (CV 78; para un comentario para esta afirmación problemática, véase S. DEL CURA, 2010:170-189).

La víctima del rechazo de Dios es el propio hombre. Los efectos están a la vista. No es que el ser humano no logre grados de bienestar y, a través de la ciencia y la técnica, no consiga éxitos admirables que facilitan

su vida. No es que no haya frutos de solidaridad entre las personas y los pueblos. Simplemente, como el ser humano tiene una vocación eterna que no puede realizarla por sus propias fuerzas, tarde o temprano se encuentra con el sinsentido y la falta de esperanza, y cae en la tentación de instalarse en la inmanencia, de olvidar los valores humanos y de contemplar a los otros como rivales más que como amigos. Al final, sin la interlocución con Dios, el hombre siente que sus palabras carecen de sentido para decirse y para acoger el decirse de sus semejantes y el mundo se hace inhumano.

Este es el desafío que hoy tiene la Iglesia, en general, y cada cristiano en particular: *servir la comunicación que Dios sigue haciendo de sí a nuestros contemporáneos y ayudar a que estos activen su sentido de Dios*. Pero, ¿cómo vamos a servir la presencia de Dios si nuestra vida no transcurre ante Él? ¿Cómo vamos a dar razón de nuestra esperanza, si antes no escuchamos su Palabra y acogemos la verdad que nos revela? ¿Cómo vamos a dar testimonio de la fuerza humanizadora del Evangelio, si los discípulos ya no seguimos las huellas de Cristo?

3 LA NOVEDAD DEL ANUNCIO CRISTIANO: DIOS SE HA REVELADO

«La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir a todos los pueblos: “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado”» (VD 92)

Los cristianos parece que no terminamos de tomar conciencia del alcance de esta afirmación de nuestra fe que Benedicto XVI repite con pasión: «*Él se ha revelado*». Tan acostumbrados estamos a decir que Dios se ha comunicado en su palabra, que no valoramos la novedad del cristianismo: Dios ha salvado la distancia que existe entre Él y el hombre y se ha dado a conocer en su Hijo Jesús, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14). Por eso todo hombre que escucha que Dios, a semejanza de Abraham, se dirige a él personalmente y le llama por su nombre, queda desconcertado (cf. LF 8).

Y es que en la raíz más profunda de la fe cristiana late una gran *paradoja* (cf. VD 90):

- Por un lado, afirma que «a Dios, nadie lo ha visto jamás» (Jn 1,18; cf. 1 Jn 4,12), que nada de lo creado, ninguna representación que de él se pueda hacer, define o mide la realidad del Dios Altísimo –el Totalmente Otro y No Otro, el *Deus semper maior*–, y que ante ese misterio no le cabe al hombre más que plegarse y acogerlo en su oscuridad.
- Por otro lado, sin embargo, el anuncio cristiano se basa en la convicción de que, por la encarnación de su Palabra, verdaderamente conocemos a Dios. Así es, Jesús, el Verbo hecho carne, al haber puesto su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14), al ser él «la imagen de Dios invisible» (Col 1,15), nos ha dado a conocer de tal modo al Padre (cf. Mt 11,27), que quien le ve a él ve a quien es la fuente de la vida y del amor (cf. Jn 14,9).

La Iglesia, lejos de ocultar esta paradoja, la tiene siempre presente y la pregona. Ella manifiesta y hace patente el valor incomparable del Evangelio que porta en favor de todos los pueblos.

La misión de la Iglesia nace, por tanto, de esta certeza: *El misterio de Dios se comunica mediante el don de su Palabra*, una Palabra que, siendo eterna como Dios es eterno, se ha pronunciado al modo humano cuando, en la plenitud de los tiempo, se hizo carne en el seno de María (cf. Jn 1,14; Gál 4,4). De Jesucristo viene la gracia y la verdad para la humanidad (cf. Jn 1,17), pues en él reside la plenitud de la divinidad (cf. Col 1,19). Solo en él pueden encontrar los hombre la luz y la vida (cf. Jn 8,12; 10,10), el pastor y el amigo (cf. Jn 10,11-16; 15,13-16) que nos lleva a Dios.

¿Por qué se ha revelado Dios? ¿Es que Dios necesita del hombre? Y, por otro lado, el ser humano, ¿es capaz de escuchar y acoger la Palabra divina? ¿Cómo le alcanza dicha revelación? ¿Puede negarse a ella? ¿Qué papel tiene la Iglesia en un acontecimiento que se juega entre Dios y cada hombre en los profundo de su conciencia? Estas son solo algunas preguntas que brotan espontáneamente al afirmar la revelación de Dios y constatar que muchos de nuestros contemporáneos parecen haber dado la espalda a la comunicación divina. ¿De qué modo responde *Verbum Domini* a estas cuestiones? ¿Qué fundamentos teológicos ofrece para la misión de la Iglesia?

1 El designio de Dios

Dios no ha creado lo que existe por necesidad alguna. No es la deficiencia propia la que le lleva a dar a luz la creación de manera que, de algún modo, le venga a completar. Es la plenitud del amor Trinitario: «Dios es amor» (1 Jn 4,16), la que se desborda y da la existencia a lo que no es Dios para hacerlo partícipe de su sobreabundancia en la propia comunión de vida y amor:

«Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las Personas divinas y nos invita a participar de él» (VD 6; cf. AG 2).

En efecto, el misterio del Dios-Trinidad se nos ha dado a conocer a lo largo de la historia de la salvación. ¿Cómo lo hubiéramos podido conocer si no? Pero en el principio, desde todo la eternidad, antes de que su revelación se desplegara en la historia, su misterio de amor ya existía y eso es lo que se ha comunicado y dado a conocer en la manifestación de su Palabra (cf. W. KASPER, 1986: 265-357; P. CODA, 2000: 169-251; L. F. LADARIA, 1998: 239-427; R. FERRARA, 2005: 471-640).

Desde siempre, el Padre se entrega por completo al Hijo, al que engendra en sus entrañas amorosas. Desde siempre, el Hijo se retorna por completo al Padre en absoluta correspondencia de amor. Y desde siempre, el Espíritu, que procede de esta mutua y eterna entrega, enlaza al Padre y al Hijo en la comunión de amor. *La Trinidad es diálogo de amor* y, en ese diálogo, el Hijo es la Palabra que el Padre pronuncia para decirse a sí mismo, su misma Imagen por la que resplandece y comunica de un modo único su divinidad. Y el Espíritu es el amor personal por el que el Padre y el Hijo se entregan mutuamente y se desbordan más allá de sí mismos.

Es, pues, a causa de esta sobreabundancia de amor y de vida que la Trinidad crea y, en medio de la creación, da la vida a una criatura que, amándola por sí misma (cf. GS 24), la hace su interlocutor, de modo que en este diálogo personal entre toda la creación. En efecto, en virtud del exceso, Dios ha proyectado para todo lo creado *un designio de amor* que quiere realizarlo en diálogo y colaboración amistosa con el hombre, criatura modelada a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26). El diálogo que

sostiene con el hombre no es sino una participación del que la Trinidad mantiene en su interior. Este diálogo se realiza en su Palabra: Dios pronuncia su Palabra y realiza la obra de la creación; la Palabra se encarna y realiza la obra de la redención, lo que estaba lejos es asumido y rescatado; la Palabra retorna al Padre y, por la obra eficaz de su Espíritu que recapitula todo en ella, introduce en la comunión trinitaria todo lo que salio de sus manos. Este dinamismo de recapitulación en Jesucristo, Palabra encarnada, es puesto varias veces de manifiesto por la exhortación *Verbum Domini*:

«Todo el ser está bajo el signo de la Palabra. El Verbo sale del Padre y viene a vivir entre los suyos, y retorna al seno del Padre para llevar consigo a toda la creación que ha sido creada en Él y para Él» (VD 121).

«Jesucristo es esa Palabra definitiva y eficaz que ha salido del Padre y ha vuelto a Él, cumpliendo perfectamente en el mundo su voluntad» (VD 90).

«Todas las promesas de Dios se han convertido en Jesucristo en un “sí” (cf. 2 Cor 1,20). De este modo se abre para el hombre la posibilidad de recorrer el camino que lo lleva hasta el Padre (cf. Jn 14,6), para que al final Dios sea “todo para todos” (1 Cor 15,28)» (VD 20).

Como vemos, la realización del designio divino está en función de este diálogo que Dios ha iniciado con la comunicación de su Palabra y que el hombre debe consentir al acoger y responder con la misma Palabra. A continuación, de la mano de *Verbum Domini*, vamos a profundizar en cómo este designio está regido por el Verbo eterno y es comunicación de Dios. En este punto la exhortación no hace sino explicitar lo expuesto en los números 3 y 4 de la constitución conciliar *Dei Verbum*.

2 Dios se ha comunicado a sí mismo por su Palabra

Desde un inicio, el papa Benedicto nos advierte de las diversas maneras en las que se usa la expresión «Palabra de Dios» y cómo, en una «sinfonía de la Palabra», es el mismo *Logos* eterno, el Hijo único de Dios, el que de diversas maneras comunica el Misterio divino (cf. VD 7). No obstante, también nos indica que en el centro de la constelación que crea la Palabra de Dios y lo que da el último sentido al uso analógico de dicha expresión está el acontecimiento de la Encarnación:

«Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros» (VD 7).

En efecto, en Él adquieren valor definitivo todas las palabras parciales que Dios comunica al hombre (en la creación, por los profetas...). De Él brota la gracia que porta la Palabra que a través del testimonio de la Tradición y la Escritura transmite la Iglesia. En definitiva, el Verbo eterno de Dios hecho carne es el que confiere el significado fundamental a la Palabra de Dios (cf. VD 8) y constituye la fuente desde la que Dios se manifiesta y autocomunica a la humanidad. Esta advertencia de la exhortación ofrece la clave para reconocer el verdadero valor y el último sentido de las comunicaciones parciales de Dios, también realizadas en su Palabra.

■ *El liber naturae*

La creación entera ha sido creada por la Palabra (cf. Jn 1,3; Col 1,16; Heb 11,3), ella es el fundamento de la realidad (cf. VD 10), «la Razón creadora la ordena y guía». Nada de lo que existe es fruto del azar irracional. Todo ha sido querido por Dios y está dentro de sus planes, «en cuyo centro está la invitación a participar en la vida divina en Cristo».

- Dios da testimonio de sí mismo en el *liber naturae*, porque «toda criatura es Palabra de Dios, en cuanto que proclama a Dios» (cf. VD 8). De hecho, toda la creación está llamada a servir a la Palabra, en ella «se desarrolla la historia de amor entre Dios y su criatura, pues, la salvación del hombre es el motivo de todo».
- El hombre, imagen de Dios, lleva en sí la impronta de la Palabra, de manera que en su interior experimenta una llamada hacia Dios y una ley inscrita en el corazón: haz el bien, evita el mal, que le conduce hacia Él (cf. VD 9).

■ Un diálogo de amor en la historia

Dios en distintas ocasiones y de muchas maneras ha alentado el diálogo con la humanidad (cf. Heb 1,1-2), en especial, con su pueblo Israel, al que, «con obras y palabras, se fue revelando como Dios vivo y verdadero», para que esta porción de la humanidad, al experimentar el obrar de Dios y comprender mejor su lenguaje, fuera su pregonero entre todas las naciones (cf. VD 11).

Al final, «la Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hom-

bre “nacido de una mujer” (Gál 4,4)». En efecto, «la fe apostólica testifica que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros» y que, por tanto, quien se encuentra con Jesús se encuentra con la Palabra en la que Dios mismo se comunica (cf. DV 11).

■ El Logos encarnado, consumación del diálogo Dios-hombre

Imposible no llenarse de asombro ante tamaña condescendencia divina. Nadie podría imaginar que Dios no solo estableciera diálogo con el hombre sino que Él mismo, en su Hijo Jesús, se hiciera hombre para consumir ese mismo diálogo.

«El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance. Ahora, la Palabra no solo se puede oír, no solo tiene una *voz*, sino que tiene *un rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret» (VD 12a).

En Jesús, «el Verbo se ha abreviado», la divinidad se ha empequeñecido en la humanidad. Por la obediencia que el Hijo mantiene al Padre en la carne nos la da a conocer y capacita a los seres humanos para que mantengan su interlocución con Dios (cf. VD 12b). Así es, Jesús además de ser la Palabra que Dios dirige al hombre, es también el diálogo eterno de la Trinidad en el que el hombre es introducido. El diálogo que mantienen el Padre y el Hijo, ahora es el diálogo que el Padre mantiene con cada una de sus criaturas en su Hijo Jesús. *Jesús es la Palabra de Dios al hombre y del hombre a Dios* (cf. VD 25).

Palabra desentrañada de un modo definitivo en su entrega pascual, en la cruz, Jesús cumple hasta el fondo la voluntad del Padre, y con ello consume el designio divino.

«La misión de Jesús se cumple finalmente en el misterio pascual: aquí nos encontramos ante el “Mensaje de la cruz” (1 Cor 1,18). El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha “dicho” hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí» (VD 12c)

En su Hijo Jesús, Dios ha venido a buscar al hombre hasta el límite de la muerte y ahí ha desentrañado su amor. Su Palabra ha sido pronunciada por completo, en ella se ha dicho, se ha comunicado de un modo definitivo y con ello golpea la conciencia y el corazón de los hombres

para que, saliendo de su cerrazón, acepten participar de la interlocución-alianza, nueva y eterna, que Cristo ha sellado en su sangre. Benedicto XVI ha expresado esta misma idea con especial pasión y belleza:

«Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta de Dios, la puerta entre Dios y los hombres. Ahora ya está abierta. Pero también desde el otro lado, el Señor llama con su cruz: llama a las puertas del mundo, a las puertas de nuestro corazón, que con tanta frecuencia y en tan gran número están cerradas para Dios. Y nos dice más o menos lo siguiente: si las pruebas que Dios te da de su existencia en la creación no logran abrirte a él; si la palabra de la Escritura y el mensaje de la Iglesia te dejan indiferente, entonces mírame a mí, al Dios que sufre por ti, que personalmente padece contigo; mira que sufro por amor a ti y ábrete a mí, tu Señor y tu Dios» (BENEDICTO XVI, *Homilía del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor* [1-IV-2007])

Después del grito de entrega de Jesús en la cruz, Dios parece quedar en silencio. Pero, en realidad, por el misterio luminoso de la resurrección, Cristo es revelado como el Pantocrátor (cf. VD 12e), el que es mediador y plenitud de todas las palabras que Dios ha proferido en la creación, en la conciencia de los hombres y en la historia (cf. DV 2). «Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios; él es “el primero y el último” (Ap 1,17)», en quien se cumple el designio de Dios y la creación y el hombre encuentran su futura realización (cf. VD 14).

■ El Espíritu Santo y la Palabra

Pero, ¿cómo se mantiene en el tiempo la Palabra pronunciada en un momento determinado del tiempo?

«La comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes Ireneo de Lyon llama precisamente “las dos manos del Padre”» (VD 15a).

En efecto, si la exhortación ha pasado revista al cómo la Palabra ha sido pronunciada de modo diverso a lo largo de la historia, en los números 15-16, indica la actuación del Espíritu en relación con esa Palabra. El Espíritu de la Trinidad actúa desde un principio en la creación, el inspira a los profetas y mensajeros de Dios para pronunciar su Palabra a lo largo historia de diálogo que lleva con los hombre. En la plenitud de los tiempos, su misión se entrelaza con la misión del Verbo encarnado, según lo manifiestan sus intervenciones en la vida de Jesús. Y, después de la resurrección, da testimonio de la Palabra divina en la Iglesia y hace de los